

## *Prólogo*

28 Octubre de 1943

Los cinco especialistas de la Marina estadounidense armados hasta los dientes abordaron el destructor escolta Eldridge No. DE 173 en la base naval de Filadelfia, acompañados por el famoso doctor matemático Von Neumann, quien entró por delante del último militar de retaguardia.

—¡Cubierta despejada! —gritó el escolta del grupo de asalto.

El sargento lanzó una señal a dos de sus componentes para que iniciaran la exploración por el flanco izquierdo. Los otros dos avanzaron por el lado contrario.

—Usted, doctor Von Neumann, venga conmigo —inquirió el sargento—. Vamos a entrar por el puente de mando para establecer contacto con los oficiales. Póngase detrás de mí.

—Está bien —afirmó el científico que había cambiado la clásica bata blanca por el traje de acción. Su inglés delataba un claro acento húngaro—. ¿Cree usted que es seguro?

—Eso espero, señor.

Divididos los equipos, la singular pareja llegó al puente de mando en apenas unos minutos. Tras un primer vistazo, comprobaron que se encontraba ausente de personal. Los controles de navegación y dirección seguían funcionando en modo automático, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Dónde está el oficial de guardia? —preguntó el doctor con cara de asombro.

—Aquí no hay nadie, señor. Ya lo ve —dijo examinando toda la zona a conciencia.

—Entonces, ¿puede explicarme quién ha gobernado la embarcación? ¿O dónde está la tripulación compuesta por veintidós hombres entrenados hasta la saciedad para esta misión?

El marine, extrañado por tales preguntas, carraspeó para ganar tiempo y medir sus palabras.

—Puede que por alguna razón desconocida se hayan refugiado en los niveles inferiores. Deberíamos seguir con la búsqueda, señor.

El doctor refunfuñó dirigiéndose hacia la salida interior.

—El comandante Davids, al que conozco desde hace unos cuantos años —insistió el doctor—, jamás abandonaría su puesto. Jamás. Debería estar aquí ahora mismo.

Ambos avanzaron por las estancias del singular destructor, un buque de guerra pequeño y ligeramente armado diseñado para realizar escoltas a otros convoyes de buques mercantes. Sin embargo, el Eldridge, lejos de realizar ninguna de las operaciones habituales de la Segunda Guerra Mundial, durante los seis últimos meses había sido preparado para acometer una tarea para la cual ninguno de los presentes, ni siquiera los apoderados de semejante incursión impetuosa, estaban preparados. Una operación secreta que los científicos estadounidenses habían apodado como Experimento Filadelfia, y que el personal militar que desarrollaba la operativa conocía como el Proyecto Arcoíris.

—¡Despejado! —dijo el marine de infantería naval después de inspeccionar la cámara inferior—. Cabo Smith, informe de su situación.

El sargento Samuel Scott prestó atención a su *walkie talkie* a la espera de una pronta respuesta. Apenas pasaron unos segundos de permanente silencio cuando se le acercó por la espalda el doctor.

—Puede que el transceptor de radio no sea capaz de atravesar las paredes acorazadas del buque —argumentó el avisado estudioso.

—Eso es imposible. Bajo mi amplia experiencia en buques similares, sin ir más lejos en la propia campaña del Pacífico, eso carece de sentido. ¡Cabo Smith, conteste!

—Con el debido respeto sargento, este buque ha sido modificado para transportar toneladas de equipamiento electrónico, entre los que se incluyen dos generadores de 75kV cada uno. Y por si eso no fuera suficiente, hay tres transmisores de radiofrecuencia de 2 megavatios más tres mil tubos amplificadores para canalizar los campos de las bobinas de los dos generadores. Debemos avanzar.

El marine que se sintió desorientado, tuvo la odiosa sensación de no controlar la situación. Y aunque era tarde para ello, se maldijo al reflexionarlo. Cada vez que había experimentado esa sensación en operaciones anteriores apunto había estado de perder la vida y sacrificado la de tantos otros hombres a su cargo.

—¿Qué demonios es lo que ha pasado en este destructor, doctor? —soltó el líder marine encarándose a su acompañante—. ¡Conteste! ¿Está en peligro la vida de mis hombres?

El doctor lo miró fijamente a los ojos.

—Siento no poder responderle, sargento Scott. No porque no sea de mí consideración, que también, sino porque jamás se ha llevado a cabo un proyecto similar. Los resultados han sido espeluznantes, a la par de intrigantes. Lo que ha pasado aquí dentro es un auténtico misterio científico. Por eso estamos aquí, sargento, para desvelarlo —su voz sonó con clara convicción.

—Pero, ¿contra qué nos enfrentamos? —preguntó nervioso el marine sujetando con firmeza su Walther P38 de calibre 9mm.

—Contra nosotros mismos, marine. Tan solo contra nosotros mismos.

Ambos descendieron al compartimento inferior donde encontraron el camarote repleto de cableado y macroordenadores. El marine se quedó perplejo ante tal descubrimiento. Estaba claro que no solo desconocía los pormenores de la misión en sí, como era habitual en esas incursiones, sino que tal y como estaba evidenciando, no tenía la más remota idea de lo que ocurría.

—La sala con los circuitos de sincronización y modulación. Los amplificadores y computadoras parecen intactas —se enorgulleció el doctor.

—Doctor Von Neumann —reclamó su atención con voz grave—. Sé que no estoy aquí precisamente por mi inteligencia y conocimiento sobre la materia, pero, ilústreme, ¿cuál es el objetivo principal de dicha misión? ¿Para qué todo este material?

—Sargento Scott, créame cuando le digo que estamos haciendo historia. Reescribiendo los anales de la ciencia moderna. Este buque ha logrado ir de Filadelfia, donde nos encontramos ahora

mismo, hasta doscientas millas más allá, en Virginia, regresando en escasos segundos a su punto de origen.

El doctor mantenía una sonrisa plácida en su rostro.

—¿Es una broma? ¿Cómo iba a ser eso posible? —dijo desenchajado el militar.

—Gracias a la escenificación de la teoría de campos unificados de Einstein y el matemático Hilbert que ambos descubrieron el año pasado. Esa teoría debía convertir en invisibles a los buques por los potentes campos electromagnéticos. Se lo explicaría al detalle sargento, pero no creo que le sirviera de mucho.

—¿Invisibles, dice?

—Eso es —dijo el científico manipulando las computadoras de encima la mesa central—. Sé que le va costar creerlo, pero ya conseguimos eso durante el mes de junio de este año, en un primer intento realizado en esta misma localización. Esta vez he intensificado los campos electromagnéticos para lograr más efecto, pero al parecer, el efecto ha sido...

—¡Mierda, que demonios! —gritó el sargento Scott desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué ocurre?

El marine sin articular palabra se agachó desapareciendo de la vista del doctor. Éste último, alarmado por su extraño comportamiento, dio la vuelta a la mesa de los instrumentos lo más rápido que sus desentrenadas piernas le permitieron.

—Está muerto —concluyó el marine después de palpar su carótida.

A los pies de Samuel Scott, permanecía el cuerpo inerte de un tripulante del Eldridge. El oficial, tendido en decúbito prono en el frío suelo metalizado, vestía su traje blanco de oficial de marina completamente impoluto, sin ninguna herida latente ni señales de ninguna escaramuza. Su rostro permanecía azulado como si hubiera muerto ahogado, sin embargo, comprobó que su ropa permanecía seca.

—Es como si hubiera perdido la respiración hasta su muerte —añadió el sargento con clara cara de preocupación—. No tiene

marcas de constricción en su cuello. ¿Qué demonios ha pasado aquí, doctor? ¿Qué es lo que han hecho?

Arrodillado en el suelo, elevó la vista hasta encontrar los ojos embolsados del doctor que permanecía mudo como si hubiera perdido el habla tras el hallazgo. Luego se percató que no le devolvía la mirada a él, observaba un punto más alejado en su retaguardia. Cuando se volvió, lo entendió al instante. Otro cuerpo de la tripulación permanecía sentado con la cabeza apoyada en su hombro derecho y la espalda descansada en la pared de tubos metálicos que cosían toda la embarcación. El militar lo alcanzó en apenas dos pasos y de nuevo, comprobó su estado.

—También está muerto. Sin embargo, éste otro —hizo una breve pausa—, no ha fallecido por asfixia. Padece amputación de su pierna íntegra y su brazo derecho por la altura del codo. ¿Pero sabe lo que es realmente extraño, doctor?

—No —respondió dubitativo.

—No hay señales de sangre por ningún lado, y sus laceraciones violentas están cauterizadas como si hubieran sido abrasadas a fuego. Nunca había visto nada parecido. ¿Y usted, doctor?

—No soy médico, sargento —respondió en tono seco.

—Ni tampoco un marine para explorar un buque amenazado —reprochó el militar—. Sé que sabe más de lo que cuenta. He tratado con demasiados hombres de alto rango, políticos y hombres de estado, para no reconocer cuando uno miente deliberadamente y hasta disfruta con ello. Vamos a encontrar toda la tripulación muerta, ¿verdad?

—Se lo he dicho antes, sargento. Nunca nos hemos encontrado con tal avance tecnológico, ni siquiera en el anterior ensayo. Lo desconozco por completo.

—¡Jefe Scott! ¿Me recibe? —sonó en ese momento una voz metálica por su *walkie*. La intervención de su compañero asustó a ambos hombres que no esperaban tal contacto.

—Cabo Smith ¿es usted? —carraspeó el sargento—. Informe. ¿Cuál es el estado de situación en su zona?

—No se lo va a creer, señor.

—Pruébelo, no dé nada por supuesto. Además algo me dice que sí voy a poder —susurró.

—Hemos hallado tres cuerpos de la tripulación mutilados —dijo la voz temblorosa de Smith—. No podemos determinar cómo ha sido, parecen haber muerto en extrañas condiciones.

—Creo que me hago una ligera idea, cabo Smith.

—La buena noticia es que hemos encontrado un grupo de seis marineros con vida.

—¿Vivos?

—Quiero hablar con ellos de inmediato —inquirió el doctor con sumo interés. El sargento levantó la mano para acallar su petición.

—¿Cómo se encuentran? —volvió a preguntar el líder del grupo.

—Esa es la mala noticia, sargento Scott. Están completamente locos. Han perdido la razón y manifiestan graves síntomas de mareos, vómitos y pérdidas de conciencia temporal. Lo que sea lo que les ha pasado, o hayan visto, les ha desquiciado por completo.

—Este barco está maldito. Lleno de fantasmas —se oyó la voz de fondo del compañero de Smith.

El Sargento Scott miró con cara de pocos amigos al doctor.

—¡Céntrense marines! ¿Qué sabe del soldado Ridley?

—No he podido establecer contacto.

—Siga intentándolo, y sobre todo cabo, extremen al máximo las precauciones. Algo huele muy mal en todo esto.

El respetado sargento guardó el *walkie* en su cinturón y volvió a encarar al doctor Von Neumann con su mirada dura y penetrante. Ávido de respuestas.

—Si ese grupo vive, puede que hallemos más supervivientes —se excusó el doctor—. Sigamos adelante, sargento.

Si hemos llegado aquí, es exactamente para cumplir ese objetivo prioritario.

Cuando abandonaron el gran camarote de comunicaciones, hallaron algo en el estrecho pasillo del buque. Algo que les hizo estremecer de impresión.

—¿Ve lo mismo que estoy viendo yo, doctor? —el científico solo pudo afirmar con la cabeza. Apenas le salió un leve suspiro de voz.

Ante sus temblorosos ojos con expresión incrédula, encontraron lo que parecía un auténtico escenario macabro, extraído de una sensacionalista película de terror. El sargento Scott contó dos hombres de la tripulación sin vida. No le hizo falta llegar hasta ellos para comprobar su pulso vital.

—¿Están muertos? —soltó el doctor sin pensar.

—¿Lo dice en serio, doctor?

Los cuerpos de los dos marineros permanecían literalmente anclados en la pared de hierro del buque. El cuerpo de la pared derecha, el que se apreciaba con mayor claridad, dejaba ver el torso superior de un hombre joven de complexión atlética, debidamente uniformado, adherido a la pared desde la mitad de su pecho hasta la cabeza. La escenificación del macabro deceso, brindaba la sensación que el cuerpo del oficial había logrado traspasar el tabique de aleación maciza. Su rostro petrificado mostraba una expresión difícil de olvidar. Conservaba la boca abierta, prácticamente desencajada, los ojos abiertos de par en par como si estuvieran a punto de salirse de los cuencos oculares, y su piel, lucía un extraño color metalizado que repelía la luz efectuando brillos cenitales. El otro cuerpo había corrido peor suerte. Podía intuirse ligeramente un mentón entre la plancha de metal, y unos centímetros más alejado, el hombro junto el brazo izquierdo con la mano abierta hacia abajo, extremidad que colgaba sin resistencia por el efecto de la gravedad. Éste, al contrario que el otro individuo, guardaba la textura original de piel y tela de vestir.

—¿Puede explicar esto, doctor? —dijo el marine golpeando ligeramente la cabeza metalizada—. Está claro que va a tener que dar muchas explicaciones al mundo.

—Si le digo la verdad sargento, sí puedo hacerlo. Estos hombres han sido descompuestos molecularmente y en su nuevo intento de materializarse se han fusionado con el acero de la embarcación.

—Con su explicación parece hasta comprensible —objetó Scott avanzando paulatinamente—, sin embargo, a mí me parece la mayor atrocidad que he visto en mi largo historial militar. Y le puedo asegurar que he visto auténticas barbaridades.

Conforme avanzaron por el pasillo del infierno, el doctor se pegó a la espalda del sargento. A cada paso que dieron vislumbraron distintos miembros seccionados. El sargento volvió a fijarse en la cauterización peculiar de las extremidades. Pedazos de carne extirpados inexplicablemente, todos repartidos por el suelo como una manta de órganos y vísceras. En el momento en que el doctor pasó cerca del brazo fusionado en acero, éste se movió de repente proporcionándole un leve golpe en la cabeza.

—¡Por Dios! —gritó el empírico científico—. ¡Sáquemelo de encima!

El sargento en un acto reflejo disparó su pistola dos veces. Las balas impactaron en el bíceps y tríceps del brazo que había cobrado vida repentinamente. El movimiento se detuvo y solo se oyó la respiración agitada de los dos presentes.

—¿Pero qué coño pasa aquí? —gritó el marine enfurecido.

De pronto un movimiento al final del pasillo oscuro, les alertó. Sonaron unos leves pasos que hicieron rechinar las rejillas del suelo, lo suficiente para que se percataran de ello.

—Hay algo ahí delante —susurró el doctor con voz quebrada mientras se escondía detrás del militar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el sargento escudado tras su arma apuntando a la negrura—. ¡Salga a la luz para que podamos verle! Voy armado y no dudaré en dispararle. ¡Es una orden! Salga con las manos al aire. ¡Muéstrese!

El marine rebuscó la pequeña linterna en su cinturón y tras golpearla un par de veces con la empuñadura de su arma para activarla, apuntó hacia al frente con la mano izquierda. Su pulso era tembloroso por lo que el haz de luz retembló ligeramente. Ante la



pareja sugestionada contemplaron la figura de un niño desnudo de apenas cinco años de edad. Se mantenía agazapado en una esquina sujetando sus rodillas con la cabeza cabizbaja. Tenía el pelo castaño claro y su tez sucia como si hubiera resurgido de un charco de barro. Parecía entero de una pieza, temblaba exageradamente como si tuviera frío y respiraba accidentalmente entre sollozos y suspiros acompasados.

—Por Dios, ¡es un niño! —alertó el doctor siendo el primero en reaccionar.

—Lo veo pero, ¿de dónde ha salido? —se quedó bloqueado.

—Baje el arma, sargento. ¿Es que quiere matar a un inocente niño?

Cuando el sargento desvió el foco de luz unos centímetros, se fijó en los diminutos ojos del niño que le devolvía la mirada con cara de terror. No le costó comprender que había llorado hasta vaciarse por dentro, desolado y temblado como una hoja agitada por el viento. Aunque el marine no pudo explicar a su razón lo que acontecía allí, respiró hondo para serenarse mientras el doctor se acercaba al niño para tapanlo con la chaqueta de su uniforme. Le acarició el pelo mojado y comprobó la temperatura de su cuerpo al presionar su frente. No le hizo falta el termómetro para saber que aquel renacuajo desnudo sufría una fiebre elevada. El doctor lo tomó en sus brazos y regresó hasta la posición del sargento. Cuando ambos pasaron por su lado desandando el camino, el doctor se detuvo a su lado.

—No creo que haga falta recordarle —susurró como si no quisiera que el niño se enterara—, que está usted bajo juramento confidencial. Esto es una misión secreta. Y respecto a lo que comentó antes de dar respuestas al mundo, sargento, créame cuando le digo que el mundo duerme mucho mejor sin afrontar sus miedos más atroces.

# 1

*Otoño de 1999, Madrid*

—*Mortem sacrificalem hoc tempore* —sonó la voz de ultratumba del individuo enmascarado.

La sangre recorría la piel sintética de sus guantes. Se extrajo el guante oscuro y se agachó en frente del cuerpo para introducir sus dedos en la herida sangrante del pecho. Luego los frotó para notar la textura viscosa y contempló el reguero de sangre discurrir por su palma desnuda. Le dedicó unos segundos de atención hipnotizado al completo, absorbo en su palma como lo haría una gitana pitonisa intentando descifrar el destino escrito en su piel.

La línea de vida que nacía entre su dedo pulgar e índice le llegaba hasta la muñeca. Presionó el dedo pulgar contra su palma para marcarla con más claridad. Cualquiera en su lugar hubiera estado orgulloso de tal peculiar signo pero él odiaba esa línea, y la odiaba con toda su alma. Erróneamente a lo que creía la mayoría, una línea larga no significaba una vida más longeva. Solo unos pocos con conocimiento en quiromancia sabían que no era la longitud lo que marcaba la vitalidad del individuo, si no la intensidad y profundidad de ésta. Cuanto más acentuada era, más fuerza vital disponía esa persona para afrontar su vida. Lo que los quiromantes desconocían por completo es que él disfrutaba truncando líneas de forma prematura. Ese era su mejor pasatiempo y se le daba particularmente bien.

Siguió las líneas de su palma con el dedo de la mano izquierda fraguando un surco de tez blanca. Todavía podía sentir el calor de vida emanar de aquel líquido que escasos minutos antes, recorría las venas del cuerpo inerte que yacía abandonado en el suelo. Acercó su nariz para olisquear la sangre a través de la fría máscara picuda, la cual, ocultaba su rostro por completo. Su olor penetrante le recordó un pedazo de carne mezclado con fragancia de óxido de metal. Era un olor fuerte, deseoso y ansiado por sus sentidos. Tras aspirarlo con frenesí su perfume perduró durante largos minutos en su olfato. Cuando no logró reprimirse más, acercó

sus delgados labios pasando la mano por debajo de la máscara. Aquello le brindó un éxtasi total.

El placer que le otorgaba aquel dulce momento hacía que sus genitales se agitaran en el interior de los pantalones. Se tocó la entrepierna y suspiró. Luego restregó su mano por su rostro oculto untando mejillas y barbilla, miró hacia el techo de la habitación y cerró los ojos, como un indio del viejo oeste embadurnado en pinturas de guerra.

Transcurridos unos segundos empezó lo que él mismo denominaba como la transmutación. Sentía como la vida robada del hombre que acababa de asesinar, se filtraba por cada uno de los poros de su piel, como si la esencia del individuo campara libre por el aire y sus pulmones aspiraran cada ápice de su naturaleza. Al derramar, untar y probar su sangre se había apoderado del alma de su víctima, de sus experiencias, sus recuerdos. Su todo. Ese era su retorcido secreto.

La convicción de su poder era tan grande que la lógica y la ética hacía tiempo que habían dejado de existir. Poco importaba lo que era correcto, legal o moral. Todo eran conceptos inventados por una sociedad en la que la mayoría de veces le dejaba excluido de todo. Solo había un Dios al que venerara y ese era el Dios de la muerte. Tenía mucha más relevancia la muerte que la vida. Más importante que nacer sin voluntad y mantener una vida insulsa, era la forma de finiquitarla, de cómo sería recordado por ello. Vivir la vida se apreciaba fácil y desmerecido, era un concepto claramente sobrevalorado. La muerte por el contrario, era la prueba final, el último juicio, el examen transcendental. Sus víctimas lejos de ser mártires a sus manos despiadadas, eran auténticos elegidos. Le deberían gratitud eterna por finalizar sus vidas con dignidad.

Guardó la navaja en el bolsillo trasero de su pantalón y echó un vistazo al cuerpo inerte de su último liberado. El hombre delgado de pelo canoso tumbado hacia arriba y desnudo de torso, dejaba ver grandes cortes en sus costillas marcadas por la falta de grasa. El cuello presentaba un corte profundo de oreja a oreja, el que sin duda al practicarlo le había proporcionado el mayor placer pues ese había sido el golpe liberador de su existencia.

Rebuscó en la chaqueta tirada en el suelo donde encontró unas tarjetas de crédito y un par de billetes de cinco mil pesetas, aunque eso no le importó lo más mínimo. No era esa la banalidad que había captado su atención. Desplegó el compartimento interior y tras el carné de conducir halló una fotografía arrugada de tamaño reducido. En ella posaba una mujer de menos de treinta años.

El asesino, lejos de sentir remordimiento volvió de nuevo a excitar sus felinos sentidos. La sed insaciable de víctimas era una sed que casi nunca lograba calmar, no sin un debido sacrificio. El ritual nunca terminaba. Después de ese llegaba otro. Y otro. Y otro.

Con calma abandonó el lugar sorteando los charcos de sangre y una vez en la puerta, se giró para echar un último vistazo.

—Buenas noches señor don nadie —dijo con voz quebrada desde el interior de la máscara recelosa de su privacidad.

En aquel preciso instante una línea de vida se perdía de forma precoz ante la noche desoladora del cálido otoño.

## 2

*Actualidad, Barcelona*

Cuando un hombre persigue a su destino lejos de hallarlo, muchas veces solo se encuentra a sí mismo. Ricard Ollé hacía tiempo que anhelaba dar con el suyo. Perdido en una vida que ya no le aportaba nada, le costaba recordar quién era. Su imagen se había deteriorado en exceso en los últimos meses. Mostraba una barba de un par de semanas y las bolsas de sus claros ojos llegaban hasta sus pies. Hacía meses que no visitaba su barbero, y por ello lucía un peinado singular.

El aire entraba por la ventanilla azotándole bruscamente la cara como si le golpearan con una toalla mojada mientras circulaba a gran velocidad por el Paseo Colón. Tomó una calle a la derecha y llegó al muelle de Poniente donde redujo la velocidad.

Continuamente perdía la conciencia en la carretera seducido por sus continuos pensamientos. Empapado en una intensa lluvia de recuerdos pasados que no lograba olvidar, estaba agotado, y eso se denotaba no solo en su conducción sino también en su modus vivendi.

Al acabar la calle enlazó con el rompeolas. El conductor avanzó por lo largo del desfiladero sobrepasando infinidad de farolas que todavía permanecían encendidas aunque el sol ya había empezado a despuntar. Los primerizos rayos de luz, tímidos como si aún no quisieran despertar ese pedacito de mundo, apenas proyectaban sombras en el asfalto de la vieja carretera. Llegando al final del sendero aparcó.

Pulsó el botón del mechero del vehículo mientras con la otra extrajo un cigarro de la cajetilla que tenía en el bolsillo de su camisa. A pesar que su aspecto no era del todo católico se había vestido adecuadamente. Llevaba un pantalón de tergal oscuro, camisa de manga larga negra y zapatos en tono mate que sólo se ponía en ocasiones especiales. Se había puesto el mejor reloj que tenía, un automático japonés de escaso valor con la correa

maltratada de tanto uso. Marcaba pocos minutos por encima de las siete de la mañana.

El mechero en ese momento se disparó despertándole de su estado exhorto, prendió el pitillo y apagó el motor saliendo del coche. Contempló la salida del sol aparecer por el lado este ofreciéndole una clara panorámica de la silueta del Hotel Vela, y a lo lejos, parte de la ciudad más alta. En aquel instante, el amanecer le pareció lo más bello que nunca había visto. El día se había levantado azafranado y un cielo pelirrojo despuntaba mezclado con nubes rotas de un azul tímido. El mar había pasado de aguas tenebrosas y oscuras, a pura vida revestida de un sinfín de reflejos, espuma y olas en continuo movimiento.

Apuró el cigarro hasta que notó que le quemaba los dedos.

—Ha llegado el momento —susurró—. Puedes hacerlo.

Se acercó a la puerta trasera del coche y bajó la ventanilla unos pocos centímetros. Agarró la manguera de goma negra y la desenredó en el asfalto. Tras agazaparse en la parte trasera del vehículo, con ella cubrió la salida del tubo de escape. El conducto humeante todavía permanecía caliente.

Luego descolgó el otro extremo por la ventanilla, extrajo la toalla que llevaba en el asiento de atrás y con ella rellenó el espacio libre de la ventana a medio bajar. Mientras la sostuvo con una mano con la otra giró la palanca subiendo la luneta para ajustarla en un improvisado cierre hermético. Una vez puesta la maga entre el cristal y el marco de la ventana, cerró la puerta con cuidado de no desbaratar el macabro montaje.

Cuando retrocedió sobre sus pasos para volver a la parte delantera del vehículo, un perro le sorprendió. El can se encontraba inmóvil a unos veinte metros del coche, observando cada uno de sus movimientos. Ricard apenas reconoció su raza, pero por su aspecto desaliñado y su pelo sucio y apelmazado, entendió que se trataba de un perro de la calle. Se le marcaban los huesos de sus costillas y tenía una altura considerable. Ambos se miraron durante unos segundos sin reaccionar.

De repente un fuerte ladrido del perro lo alertó.

—¡Maldito chucho! Menudo susto me has dado —dijo mientras el perro no cesaba en su empeño—. ¿Qué ocurre? ¿La has tomado conmigo o qué?

Durante largos segundos el perro siguió ladrando sin parar. Se acercaba hasta él con tímidos pasos, para luego retroceder de nuevo en un estado de frenesí único. Ricard se quedó perplejo al observar tal reacción desmesurada.

—¿Qué te ocurre, chico? Si tienes hambre no tengo nada para ofrecerte. Lo siento.

Viendo que el concierto no parecía tener fin, Ricard optó por acomodarse en el asiento del conductor. Arrancó el motor y tras su puesta en marcha, una gran exhalación de humo negro entró en el interior del habitáculo. No pudo evitar toser por el gusto repulsivo del vapor contaminado.

Estando dentro del habitáculo oyendo ladrar al perro flaco, intentó concentrarse en su tarea. Se había estado documentando meticulosamente por Internet durante largas noches. Sabía que era una muerte rápida e indolora. Se quedaría dormido y ya no despertaría jamás. La Red le había brindado la posibilidad de valorar todas las opciones posibles. La primera había sido la ingestión de cianuro, sin duda el método más popular. Siguiendo el manual del buen suicida en apenas un minuto perdía la conciencia y en diez, la vida. Sin embargo no se había decidido por esa opción porque algunos médicos aseguraban que era doloroso, podía provocar convulsiones y aparte de incómodo, se apreciaba poco agradable.

Encendió la radio y buscó una emisora adecuada para el desenlace. Luego agarró una botella de licor que días atrás había comprado y pegó dos largos tragos. No solía beber bebidas alcohólicas de semejante calibre, así que con poco que bebiera caería rendido.

La inhalación de los gases había empezado hacía breves instantes y pagaba las primeras consecuencias. Tanto los ojos como la garganta se le habían irritado ligeramente. En ese instante, un sonido de timbre melódico sonó delatando el móvil en su pantalón. Pulsó la combinación de teclas para desbloquear el terminal y comprobó que el remitente del mensaje de texto provenía de un

número oculto. Si eso mantuvo a Ricard extrañado, más lo hizo el mensaje.

—Aunque el día se levante triste, venidera será la tarde y dulce el final con una noche de luna llena —leyó sin pausa.

Pensó, no en el sentido de sus palabras, si no en que no recordaba haberse dado de alta en ningún servicio de citas célebres. Le extrañó pero no le dio mayor importancia. Estaba convencido que en esa ocasión la veracidad de la frase se equivocaba por completo. Esta vez si lo hacía bien y el destino le acompañaba, no llegaría a la tarde para ver como de comfortable iba a ser, ni a la noche que caería oscura de duelo.

Apagó el móvil sin contemplaciones y rebuscó en el otro bolsillo hasta que encontró la nota de despedida. Le gustaba hacer las cosas bien y, ¿cómo podía decir adiós sin dejar un último adiós? Comprobó que la llevaba consigo y la volvió a guardar. En cuanto amaneciera muerto lo primero que haría la policía sería intentar identificarlo, por ello había guardado la nota junto con su Documento Nacional de Identidad. Despejaría rápido las dos grandes incógnitas de la investigación. Quien había sido y porque había querido dejar de ser.

El perro seguía ladrando en el exterior, aunque Ricard lo había perdido de vista hacía unos minutos pues los cristales habían empezado a llorar encolerizados. El ambiente en el interior del vehículo se había caldeado considerablemente y notaba en exceso la falta de oxígeno, la cual, logró ignorar con un nuevo trago de fuerte brebaje.

Escasos minutos lo separaban de su ansiado objetivo. Aquella era la primera vez que lo intentaba, y con ello quizá por fin había encontrado algo que se le iba a dar bien, aunque tan solo lo lograría una vez.

Para no levantar sospechas no se había despedido de nadie, ni siquiera de los más allegados, que por otro lado no eran demasiados. Muy pocos eran los familiares directos que aún conservaba. Su madre Rosa, quien hacía años había sucumbido a una despiadada enfermedad degenerativa que la había postrado en una cama de una residencia geriátrica, ya no lo reconocía. No



hablaba, apenas comía y solo respiraba con la ayuda de una bombona de oxígeno interminable. Parecía más muerta que viva.

Ricard dejó de respirar por la nariz. Desde hacía unos minutos solo podía hacerlo por la boca debido a la alta concentración de monóxido de carbono.

De repente un golpe de sueño le sacudió. Sus ojos resultaron cada vez más pesados y una fatiga bochornosa se extendió por todo su cuerpo como un virus contagioso. Lo último que divisó fue el extremo de la manguera vomitar un fluido grisáceo. Intentó alcanzarlo con su mano pero un golpe de sueño invadió tan profundo su conciencia que consiguió extraerlo de cuajo del mundo de los vivos.

Ni el agua turbia salpicando su piel logró despejarlo. Durmió ajeno a todo.

### 3

Medardo Yuste cogió el vaso de tubo y le propinó un buen trago al whisky escocés de quince años que de forma amable el barman le había servido apenas hacía un par de minutos. Su garganta entrenada hasta la saciedad en ingerir arduas bebidas de alcohol, ni siquiera notó el escozor al tragarlo cuello abajo. El placer por aquel tipo de bebidas había ido desapareciendo y únicamente lo tomaba porque su cuerpo, después de una dura jornada laboral, se lo pedía a gritos.

Cuando el camarero se desplazó hasta la otra punta de la barra descubrió su imagen reflejada en la pared de espejo. Divisó un hombre de aspecto rudo de mediana edad, más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Las arrugas en su rostro se contaban a miles y la delgadez de su cara potenciaba los pliegues de una piel curtida y mal afeitada. Tenía los pómulos sobresalidos, los ojos hundidos y la frente destacada en conjunto con una nariz y un mentón que parecían luchar por ganar protagonismo en tal conjunto de despropósitos. Su pelo lucía canoso, excepto sus cejas que resistían en un color más opaco al teñirse de canas a un ritmo más lento. Sin embargo si algo destacaba en su imagen no era otra cosa que su ojo izquierdo y una fea cicatriz que recorría su rostro desde la mejilla hasta más arriba de la ceja. No era difícil deducir el porqué de la bola oscura de cristal que lucía en lugar donde debía encontrarse su ojo izquierdo. El tuerto, como muchos del barrio lo habían apodado, lejos de esconder dicha particularidad se recreaba en ello mostrando siempre con orgullo el óvalo negro cual ojo bañado en petróleo. No le disgustaba en absoluto que lo nombraran así. Lejos de ver una minusvalía en ello para él era un tributo a una vida dedicada a la acción y a las complicaciones. Un recuerdo para él y una advertencia de lo que era para los demás.

Levantó el vaso de tubo y tras dedicarse un brindis bebió todo el contenido de un solo trago. Luego abandonó el local sin despedirse. Cuando salió a la calle respiró la fría noche madrileña hasta lo más profundo de sus pulmones. Pasaban escasos minutos de las siete de la mañana y el día pronto apretaría para hacerse un hueco en la existencia.

Un chaquetón negro largo hasta las rodillas, lo protegía del frío aunque lo llevaba desabrochado. El aspecto no era algo que le importara, siempre vestía de negro. Pantalón tejano desgastado de color negro, camisa arrugada negra, jersey deshilachado negro y unas zapatillas deportivas de color oscuro impregnadas de múltiples manchas de suciedad. Poca gente se atrevía a preguntarle sobre su vestimenta, pero si alguna vez alguien osaba hacerlo, siempre respondía lo mismo. Vestía de luto. Los curiosos solo debían cuidarse de una cosa, que no fueran ellos los velados. Iba de negro porque siempre eran los otros los que acababan enterrados bajo sus pies. Las pocas veces en las que Medardo gozaba de buen humor, solía decir que iba de luto por sí mismo, porque cuando muriera nadie le iba a echar en falta, sería pasto de las ratas, cosa que por otro lado tampoco le parecía tan mal.

Caminó unos pocos metros por la ancha acera abriéndose camino entre dracqueens y variopintas prostitutas, muchas de ellas de dudosa feminidad, hasta que al final encontró a Wendy. Si alguien le iba echar de menos después de su muerte solo sería ella. Hacía un par de meses que alquilaba sus servicios en días alternos sin planificar y desde entonces se había convertido en la persona que más veces había estado con él. Se acercó decidido y la miró con sus ojos embolsados en oscuras ojeras, aunque solo con uno la divisaba.

—Estás guapa esta noche —dijo con voz ronca.

—Gracias cariño. Tú sabes cómo tratar a una dama. ¿Hoy tienes ganas de fiesta?

Ambos iniciaron el paso, ella enganchada a su brazo dejándose caer en el hombro derecho como si de una pareja de enamorados se tratara, él con paso ligero y seguro.

Wendy lucía unas botas negras de tacón de unos quince centímetros de alto y unos ajustados pantalones blancos de pitillo. Los mantenía abrochados en la parte posterior por un cinturón metálico repleto de pequeños cristales brillantes que relucían de forma llamativa. Una chaqueta corta de color ocre que dejaba ver la parte baja de su espalda, adornaba su torso casi desnudo. Por delante mostraba su abdomen de forma descarada junto a un sujetador de color fucsia. Transportaba un pequeño bolso negro colgado de sus

dos hombros donde guardaba los utensilios necesarios para pasar una noche de duro trabajo. Conservaba el pelo de color berenjena y un maquillaje excesivo que se apelmazaba en su rostro. Tenía treinta y cinco años, aunque la calle parecía haberle regalado unos cuantos más. A Medardo le costaba entender como aquella frágil mujer de escaso peso, soportaba con temple las bajas temperaturas cubierta con esos cuatro trapos que apenas ocultaban su cuerpo raquítrico. Horas y horas en la calle deambulando de una esquina a otra, charlando con quien pasara, ofreciendo sus encantos con descaro, moviendo el cuerpo con desfachatez, balanceando sus prominentes senos en un andar sensual que nacía en sus caderas y acababa en la imaginación lujuriosa del transeúnte. Alguna vez la había visto beber de una pequeña petaca, y puede que eso la mantuviera a tono. Desconocía si se drogaba aunque realmente poco le importaba. Era una buena prostituta y eso le bastaba. Si era adicta a algo que él supiera era a los chicles de frambuesa. Siempre mascaba uno y su boca desprendía el olor característico a frutas silvestres.

Anduvieron juntos unos metros hasta abandonar la calle Luna con Desengaño. El barrio de Chueca era un barrio peculiar entre Gran Vía, Fuencarral y paseo de Recoletos. Un centro neurálgico de restaurantes, bares y terrazas con un ambiente de lo más cosmopolita, animado siempre por dispares personajes. Desde principios de los años noventa, una gran comunidad homosexual se había establecido en el barrio, convirtiendo el entorno castizo y antiguo en una zona de remodeladas viviendas y permanentes aperturas de negocios. Poco a poco se transformó en la zona gay por excelencia de Madrid, localizando su centro en la propia plaza de Chueca. Actualmente se había popularizado tanto entre el público heterosexual que en el barrio confluía una mezcla importante de todo tipo de razas, culturas, tribus urbanas y opciones sexuales de cualquier índole. El negocio del sexo era algo que se exhibía de día y de noche sin tapujos con la mayor naturalidad del mundo. El tuerto y su bella dama de noche caminaron por sus adoquines como una pareja más del lugar.

El portal del piso de Medardo no estaba lejos. La puerta de entrada al viejo bloque era de madera oscura y seguía el mismo aspecto tétrico y abandonado que tenía toda la construcción. Se encontraba al lado de un local que lucía un cartel llamativo de neón

rosa. En los cristales glaseados multitud de pegatinas daban a entender claramente que se trataba de un sex shop de la zona.

La pareja llegó hasta el pequeño piso del anfitrión. En la mesa del comedor, un plato con restos de comida del día anterior esperaba ser retirado. La cocina albergaba más cacharros y vajillas en el fregadero y encima del reducido mármol, que en los propios armarios viejos con tiradores de antaño. El suelo acumulaba gran cantidad de polvo e infinidad de restos minúsculos de desechos inclasificables, lo que hacía perder su color original y ofrecía un incómodo andar por su superficie al quedarse la suela de los zapatos pegada en él. Lo que la mayoría de gente hubiera tildado de piso basura en condiciones infrahumanas, para Medardo era su confortable hogar. No entendía su hogar como un espacio para lucir y mostrar a las visitas sino más bien como cuatro paredes que debían de otorgarle seguridad, pragmatismo e intimidad. Eran sus tres premisas básicas para una morada.

Sin detenerse llegaron a la habitación de matrimonio, única dependencia aislada de toda la vivienda. Medardo no tardó más de un minuto en desnudarse al completo y estirarse en la cama todavía desecha. Había tirado toda la ropa al suelo sin preocuparse de nada y únicamente con su largo chaquetón había tenido la extrema delicadeza de doblarlo para depositarlo encima de una silla de madera.

Wendy se lo tomaba con más calma. Con su debido tiempo se quitó la reducida chaqueta y se quedó en prendas menores. Aquel tuerto de carisma extraño y mirada tenebrosa pagaba bien, podía tomarse el tiempo que necesitara sin prisas. El hombre taciturno de extraño comportamiento se había convertido en uno de sus clientes predilectos. Nadie era tan generoso como él. Cobraba por lo que solían denominar como servicio completo una media de treinta euros, sin extras ni excentricidades fuera de lo que supusiera el tiempo normal de coito vaginal y sexo oral. Por lo general siempre era algo rápido. Sin embargo aquel hombre la recompensaba con veinte euros de propina. Si todos los demás clientes que satisfacía, entre cinco y quince por noche, fueran tan espléndidos con ella, en pocos años se hubiera retirado con un buen dinero ahorrado. O al menos eso le gustaba pensar para seguir al pie del cañón una noche

tras otra. Alguna debía ser la última. La cuestión solo radicaba en si sería ella la que decidiría cuál iba a ser.

—¿Qué va a ser hoy? —dijo ella inclinándose en la parte inferior de la cama subiendo por sus piernas.

Pasados veinte minutos de reloj, Wendy se levantó de la cama y se dirigió a la ducha. Sabía que el tuerto no era muy dado a reposar estirado en la cama junto a ella ambos en plan matrimonio bien avenido. Era algo que no le agradaba, así que acabado el trabajo con el que no había disfrutado demasiado, aprovechaba para darse una rápida ducha caliente con previo permiso de él. Hacía ya tiempo que en cuestiones de sexo se había vuelto insensible. Lo suyo era más un arte dramático que mejoraba con cada actuación que ensayaba. Sin duda el momento que más disfrutaba era el momento del cobro. Como muy sabiamente recordaba decir a su abuela en su infancia, el dinero lo podía todo.

Medardo se quedó estirado en la cama, incorporado levemente gracias al cojín que se había puesto en la espalda contra el cabecero. Se quedó inmóvil contemplando la huida de la mujer hacia el baño con la ropa en sus brazos, mostrándole una vez más su espalda desnuda con su gran tatuaje coloreado. Encendió un cigarro de la cajetilla de tabaco negro que guardaba en la mesita de noche y no tuvo manías en arrojar la ceniza por el lateral de la cama directamente al suelo.

El cuerpo del tuerto era de difícil apreciación. Era delgado porque se le marcaban las costillas por los laterales pero una renacida barriga cervecera empezaba a pasarle factura de tantos años bebiendo sin tener sed. Apenas tenía pelo en su torso. Llevaba los brazos tatuados a la altura del bíceps hasta los hombros, pero la tinta que los conformaba era azulada y en lo general parecían tatuajes más bien antiguos y abandonados.

A parte de los dudosos adornos estéticos tenía en mayor consideración otro tipo de decoración. Su cuerpo desnudo era en su totalidad, un cuadro en relieve de múltiples cicatrices mostradas sin pudor por toda su piel. Algunos cortes profundos en las lumbares, una fea cicatriz en su hombro izquierdo, una herida de bala en su abdomen ligeramente desplazada a la derecha y la parte del pectoral

con un relieve sobresalido que ocupaba más de diez centímetros. En esa parte del pecho carecía de sensibilidad y cuando alguna prostituta lo acariciaba para satisfacer la curiosidad que producía la cicatriz, él ni siquiera lo sentía. Con frecuencia le gustaba alardear que podrían clavarle un cuchillo de cocina en su pecho y no sería consciente de ello hasta haberse desangrado.

Se abalanzó hacia la silla donde yacía su abrigo acomodado y rebuscó por el bolsillo. Con delicadeza lo depositó encima de la mesita de noche. El animal de pelaje albino, de tamaño reducido, con cola y orejas puntiagudas, inspeccionó el contenido de la superficie de la mesita con una curiosidad incontenible. Se trataba de una rata hembra de unos doce centímetros de cuerpo y una larga cola estirada que arrastraba con sumo estilo. Medardo se hizo con un trozo de pan duro y se lo ofreció. El animal no tardó en recoger el presente y empezó a roerlo con desesperación.

A todo esto Wendy hacía aparición de nuevo en la habitación, llevaba el pelo todavía húmedo y se había vuelto a vestir con el peculiar atuendo indiscreto.

—Ya estás de nuevo con ese bicho —dijo ella mientras se aireaba el pelo húmedo con la mano. El tuerto tumbado en la cama sin dejar de observar a la rata, permaneció en silencio—. Le tienes más aprecio a esa rata asquerosa que a las personas, ¿verdad?

La prostituta se acercó por el otro lado de la cama para evitar estar cerca del peludo roedor.

—Ahí tienes —dijo Medardo dejando el dinero encima de la cama.

Wendy recogió el billete de cincuenta euros y justo en el momento en que lo hizo, el tuerto la atrapó con su mano izquierda en un movimiento preciso. La sujetó con fuerza por la muñeca y la mujer en un acto reflejo, soltó el billete dejándolo caer de nuevo encima de las sábanas sudadas. El silencio inundó la habitación. Largos fueron los segundos en los que la pareja se quedó inmóvil sin apenas pestañear.

—¿Qué ocurre, tesoro? ¿Qué he hecho mal?

—Nunca vuelvas a insultarla —dijo con voz seria mirándola a los ojos—. Su nombre es Bala.

Después de la amenaza, dejó libre la mano de Wendy perpleja. Se quedó quieta durante unos segundos hasta que reaccionó y recogió de nuevo el billete. Cuando estuvo más alejada, se giró hacia la luz de la mesita y extendió el billete por encima.

—No te pongas así cariño, lo he dicho porque me da repelús —dijo inspeccionando el papel moneda a contraluz.

Dobló el billete reduciendo su tamaño a una décima parte de su dimensión original y lo guardó dentro de la bota derecha.

—Como siempre ha sido un placer estar contigo esta noche, mi amor. Espero verte pronto —se cargó la pequeña mochila en la espalda y buscó la salida de la habitación.

La rata campó libre por la habitación de una esquina a otra. Olfateó aquello que le pareció de interés hasta que subió de un brinco por las sábanas de la cama llegando hasta la parte superior del colchón viejo. Dio un par de vueltas por toda su superficie y se acurrucó en un nudo de tela.

Medardo sostenía otro cigarro encendido en la boca. Lo hacía descansar en el lado izquierdo de sus labios de modo que el humo que ascendía recorriendo su rostro, no le afectaba al ojo negro. Si alguien se fijaba con atención podía llegar a denotar la parte izquierda de su cara más amarillenta a causa de la nicotina, aunque eso hubiera sido algo difícil, puesto que si en algo se fijaba la gente era en su cicatriz y la oscuridad de su falso ojo postizo.

Manipuló con agilidad su pistola semiautomática USP Compact de calibre 9mm, de color negra con puño de goma. La tenía desde hacía diez años cuando la adquirió de un viejo conocido. Alguien que donde se encontraba ya no iba a necesitarla más. Desde entonces se había convertido en su juguete fetiche y un cariño especial le unía a la Negra, como solía referirse a ella.

Tras un último chasquido por la introducción del cargador, la levantó con los brazos estirados apuntando al aire experimentando como el poder que transmitía aquel juguete letal dominaba todo su ser.